



El salmo de la vida espiritual

RO me digáis en tristes estancias que la vida es únicamente un sueño inútil, que el alma dormida es alma muerta y que las cosas no son lo que parecen.

¡La vida es real, la vida es seria y la tumba no es un término!

No se refiere al alma lo de *polvo eres y polvo serás*.

Nuestra ruta, trazada por el destino, no es sendero de alegría o de tristeza, sino camino donde la lucha ha de fortificarnos. Debemos amanecer con más valor cada día...

El arte dura, el tiempo vuela, y nuestro corazón, aunque fuerte y valeroso, se parece a un tambor con negros crespones batiendo fúnebre marcha y acompañándonos a la sepultura.

En el mismo campo de batalla, en el vivac de la vida, no permanezcáis mudos como ganado que se deja conducir.

¡Héroe, levántate y lucha! No confíes sólo en el porvenir, por agradable y risueño que te parezca.

Que el pasado fenecido entierre su muerte.

Moveos, moveos en el presente. Elevad los corazones y que Dios os guíe. La vida de los grandes hombres debe ser nuestro destino. De este modo, al morir, dejaremos alguna huella en la arena de la vida. I otro sér, perdido en la inmensidad, un hermano ráufrago y abandonado quizás, encontrará estas señales que sirvan para darle valor.

¡En pie y a la obra!

H. W. LONGFELLOW.

Las fuentes de Granada

Las fuentes de Granada . . .

¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?
Todo reposa en vago encantamiento
en la plata fluida de la luna.
Entre el olor a nardos que se aspira en el viento,
la frescura del agua es como una
mano que refrescarse la sien calenturienta.
El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
su sueño, y al oído

del silencio le cuenta
las leyendas que viven a pesar del olvido,
y bajo las estrellas de la noche tranquila
tienen palpitaciones de corazón herido.

¡La voz del agua es santa!

Quien la profunda música de su acento adivina,
comprenderá algún día la palabra divina . . .

¡El agua es guzla donde Dios sus misterios canta!

Las fuentes de Granada . . .

¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

Una, gorgoteante, suspira entre las flores
de un carmen, esperando la mano de un ensueño
que abra a la blanca luna sus claros surtidores
para dar a la noche sus diamantes de sueño;
y mientras sobre el mármol, una a una, desgrana
las perlas de sus ricos collares de sultana.

Algunas se despeñan como ecos de torrente
y entre las alamedas descienden rumorosas,
arrastrando en el vivo fulgor de su corriente
en féretros de espumas, cadáveres de rosas.

Otra, por las praderas resbala lentamente,
y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
como si poco a poco, por una estrecha herida
se fuese desangrando hasta quedar sin vida.

Las hay ciegas, y en ellas

hora toda la móvil plata de las estrellas.

Hay en el aire tanta humedad que da frío.

La noche un fresco aroma acuático doblie.

El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,

y dominando el gárrulo y eterno murmurio

se oyen plañir las roncadas serenas del río . . .

La sangre de Granada corre por esas fuentes,

y en el hondo silencio de las noches serenas,
al escuchar sus músicas sobre los viejos puentes.
la sentimos que corre también por nuestras venas.
Aduerme nuestro espíritu su musical encanto;
bebemos el ensueño de sus respiraciones;
penetra hasta la carne en lentas filtraciones
y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto....
Las fuentes de Granada....
¿Habéis sentido,
en la noche de estrellas perfumada,
algo más doloroso que su triste gemido?

FRANCISCO VILLAESPESA.



La bella del bosque durmiente

—Dime, noble anciana, por vuestra vida:
¿yace aquí la princesa que está dormida,
esperando há dos siglos un caballero?

—La princesa de que hablas en tu conseja,
soy yo!... Pero, ¿no miras? Estoy muy vieja.
¡Ya ninguno me busca y a nadie espero!

—Y yo que la procela de un mar de llanto
surqué... ¡Yo que he salvado montes y ríos
por vos! — ¡Ay, caballero! ¡Qué desencanto!
... Mas, no en balde por verme sufriste tanto:
tus cabellos son blancos ¡como los míos!

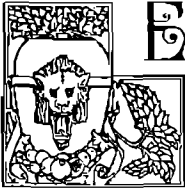
... Acómate al espejo de esta fontana,
oh pobre caballero... ¡Tarde viniste!
Mas, aún puedo amarte como una hermana,
posar en mi regazo tu frente cana
y entonar viejas coplas cuando estés triste...

AMADO NERVO.

Madrid, 1916.

De diecisiete a treinta

(Traducción de Manuel Díaz Rodríguez)



ENTRÉ una vez en casa del primer peluquero de la ciudad.

Oía a Agua de Colonia, a servilletas recién lavadas y a suave humo de cigarrillos... Sultáu fier, cigarrillos de las Princesas egipcias.

Ocupaba la Caja una muchacha muy joven, de sedosos y rubios cabellos.

—¡Ah!—pensé—*un Conde te seducirá, joh, encantadora!*

Ella me vió con una mirada que decía:—Quienquiera que tú seas, uno entre miles, yo te digo que la Vida está delante de mí, la Vida!... ¡No lo sabes?

Yo lo sabía.

—¡Ah!—pensé—*bien podrá ser un Príncipe.*

Se casó con un mozo de café que murió al año.

Tenía formas de gacela. Seda y terciopelo no realzaban su belleza...y probablemente era más bella desnuda.

El mozo de café murió.

La encontré por la calle con un niño. Y me miró con una mirada que decía:—A pesar de todo, tengo la vida delante de mí, la Vida... ¡No lo sabes?

Yo lo sabía.

Un amigo mío tenía el tifus. Era un compañero de juventud, rico, y habitaba la villa del Lago.

Cuando le visité, una joven dama de sedosos y rubios cabellos preparaba las sábanas frías. Sus tiernas manos estaban completamente agrietadas por el hielo. Me miró. ¡Esto es la vida!... ¡Le amo!... ¡Porque eso, eso es la Vida!

Al estar bueno y sano él abandonó la dama a otro joven rico.

Se separó de ella fácilmente, muy fácilmente.

Eso pasaba en estío.

Más tarde lo sorprendió a él la uostalgia... en otoño.

Ella lo había cuidado, había fundido en él su dulce cuerpo de gacela.

Le escribió: *¡Vente!*

Una tarde, en octubre, la ví entrar con él en el salón encantado, en donde resplandecen ocho columnas de mármol rojo.

La saludé

Ella me miró:— La Vida está detrás de mí, la Vida! . . . ¿No lo sabes?

Yo lo sabía.

Volví a casa del primer peluquero de la ciudad.

Aun olía a Agua de Colonia, a servilletas recién lavadas y a suave humo de cigarrillos . . . Sultán flor, cigarrillos de las Princesas.

En la Caja se hallaba sentada otra muchacha de crespos cabellos brunos.

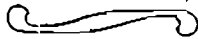
Y ella me miró con la gran mirada triunfal de la juventud—*profetis Divae Augustae Vitrici*.

—Quienquiera que tú seas, uno entre miles, yo te digo que la vida se extiende delante de mí, la Vida! . . . ¿Sabes lo que es eso?

Yo lo sabía.

—¡Ah!—pensé— *un Conde te seducirá . . . bien podrá ser un Príncipe. . . .*

PETER ALTENBERG.



Patria celeste

ALMA, no somos de este mundo. Frío de muerte a veces en el sol te hiela. Huir quisieras, como huye un río, volar tras todo lo que canta y vuela.

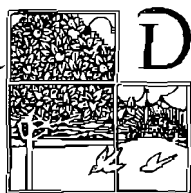
Alma, no somos de este mundo. Mío no es este lodo infecto en que se vela tu limpia luz, y en que tu amor anhela, lirio sepulto en ciénago sombrío.

Cuando te roba la procaz envidia del falso amigo, y la liviana amante te infiltra, a besos, su letal perfidia;

¡huyeras tú, con vuelo palpitante, del mundo, negro de voraz insidia, al claro azul de tu lucero errante!

LEOPOLDO DE LA ROSA.

El duelo de don Quijote



DON Quijote, maestro en la locura razonable y en la sublime cordura, tiene en su historia una página que aquí es necesario recordar. ¿Y habrá en él acción o concepto que no entrañe un significado inmortal, una enseñanza? ¿Habrá paso de los que dió por el mundo que no equivalga a mil pasos hacia arriba, hacia allí donde nuestro juicio marra y nuestra prudencia estorba?... Vencido don Quijote en singular contienda por el Caballero de la Blanca Luna, queda obligado, según la tradición del desafío, a desistir por cierto tiempo de sus andanzas y dar tregua a su pasión de aventuras. Don Quijote, que hubiera deseado perder, por el combate, la vida, acata el compromiso de honor. Resuelto, aunque no resignado, toma el camino de su aldea. *Cuando era—dice—caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre acreditare mis palabras cumpliendo la que di de mi promesa.* Llega con Sancho al prado donde en otra ocasión habían visto unos pastores dedicados a imitar la vida de la Arcadia, y allí una idea levanta el ánimo del vencido caballero, como fermento de sus melancolías. Dirigiéndose a su acompañante le hace proposición de que, mientras cumplen el plazo de su forzoso retraimiento, se consagren ambos a la vida pastoril, y arrullados por música de rabeles, gaitas y albugues, concierten una viva y deleitosa Arcadia en el corazón de aquella soledad humana. Allí les darán *sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizados los extendidos prados, aliento el aire claro y puro; luz la luna y las estrellas, a pesar de la obscuridad de la noche; gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos en que podrán hacerse eternos y famosos no sólo en los presentes, sino en los venideros siglos...* ¿Entiendes la trascendental belleza de este acuerdo? La condena de abandonar por cierto espacio de tiempo su ideal de vida, no mueve a don Quijote ni a la rebelión contra la obediencia que le impone el honor ni a la tristeza quejumbrosa y baldía, ni a conformarse en quietud trivial y prosaica. Busca la manera de dar a su existen-

cia nueva razón ideal. Convierte el castigo de su vencimiento en proporción de gustar una poesía y una hermosura nuevas. Propende desde aquel punto a la idealidad de la quietud, como hasta entonces había propendido a la idealidad de la acción y la aventura. Dentro de las condiciones en que el mal hado le ha puesto, quiere mostrar que el mal hado podrá negarle un género de gloria, el preferido y ya en vías de lograrse; mas no podrá restañar la vena ardiente que brota de su alma, anegándola de superiores anhelos; vena capaz siempre de encontrar o labrar el cauce por donde tienda a su fin, entre las bajas realidades del mundo.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



En la maleza

(Traducción de A. Zúrega Tombotta)

I. En la colina estoy acostado en la maleza; arriba, las ramazones de los árboles; y más alto, lejos, el disco ardiente del sol.

Yo pienso, yo floto en un mar sin límites. El oleaje lo forman el azul claro del cielo, el murmullo y la agitación del viento en la montaña y por las altas cimas; el gorgear de los pájaros y los perfumes que flotan; el zumbido y el chillar de los coleópteros; los rayos de la luz; las ramas de los árboles mecidas; las claridades tenues y los colores brillantes; y el torrente de agua bramador; y mis pensamientos, mis locos pensamientos.....

Con los torrentes de calor y de luz, a través de mi pulso late el mundo de cantos, dulces cantos de la unidad.

Lejos, más allá del valle azul, en el mundo amplio, lleno de sol, mi ardiente deseo te persigue ¡oh amado e impenetrable enigma! En palabras ingenuas y locas la fuerza primitiva se burla de su propio enigma y de su mismo sentido.

II. Pongo una rama en mi sombrero, y marchó. ¿Cuál es mi fin? El canto de un pájaro, claro como una campana, me llega de una profunda lejanía ...

JHOANNES SCHLAF,

Laude

(Traducción de Max Milgron)

¡Oh Mater Superna! ¡Oh latinas
arterias que corréis debajo
de mármoles sacros!
¡Oh Reina que en siete colinas
asientas la Tiara y el Tajo
de los Simulacros!

Los bárbaros visnen a hollar tus blasones;
Atila es el bárbaro; asoma
y quiere que sus palafrenes
abreyeu al Tíber su sed de naciones. . . .
¡Oh Madre! Que al bárbaro opones
la fresca guirnalda que ciñe tus sienes,
tu griega sonrisa, tu espada de Roma.
¡Oh Madre, sonríe, que el Bárbaro asoma!

¡Oh Madre! ¡Serena y augusta señora,
de tus pechos heroicos ya fluye
la leche de loba que lacta
la raza en la Hora. . . .
¡Oh Madre, el Bárbaro huye
hacia sus pantanos en masa compacta;
de la ruina misma de lo que destruye
resurges ¡oh Madre!, Suprema e Intacta.

¡Oh Mater Superna! ¡Oh latinas
arterias henchidas de germen futuro
que corréis en un río de gloria.!
¡Sagrados veneros de pródigas minas
en donde se engendra como un oro puro
la Magna Victoria!

GABRIEL D'ANNUNZIO.

A. Dios

(Versión de A. Zúñiga Fombona)

A paga mis ojos: yo puedo verte;—cierra mis oídos, te oiré;—y puedo ir hacia tí sin mis pies,—y siu la boca podré llamarte. Rompe mi brazo; te estrecharé con mi corazón como con la mano. Detén mi corazón y mi cerebro latirá.—Y si haces que estalle mi cerebro - te llevaré en mi sangre.

RAMER-MARÍA RILKE.



Marina

COMO al fletar mi barca con destino a Citeres saludara a las olas, contestaron las olas con un saludo alegre de voces de mujeres. Y los faros celestes prendían sus farolas mientras temblaba el suave crepúsculo violeta. «Adiós - dije - países que me fuisteis esquivos; adiós, peñascos enemigos del poeta; adiós, costas en donde se secaron las viñas y cayeron los términos en los bosques de olivos. Parto para una tierra de rosas y de niñas, para una isla melodiosa donde más de una musa me ofrecerá una rosa.» Mi barca era la misma que condujo a Gautier y que Verlaine un día para Chipre fletó, y provenía de el divino astillero del divino Watteau. Y era un celeste mar de ensueño, y la luna empezaba en su rueda de oro a hilar los mil hilos de su manto sedoso. Saludaba mi paso de las brisas el coro y a dos carrillos daba redondez a las velas. En mi alma cantaban celestes filomelas cuando oí que en la playa sonaba como un grito. Volví la vista y ví que era una ilusión que dejara olvidada mi antiguo corazón. Entonces, fijo del azur en lo infinito, para olvidar del todo las amargas viejas, como Aquiles un día, me tapé las orejas. Y les dije a las brisas: «Soplad, soplad más fuerte; soplad hacia las costas de la isla de la Vida.» Y en la playa quedaba desolada y perdida una ilusión que aullaba como un perro a la muerte.

RUBÉN DARÍO,

Las casas

(Versión de A. Zérega Fombona)

Las casas son barcos anclados en el suelo. En las mañanas el ancla brilla sobre la tierra.

La casa, diríase se prolonga: alza los mástiles al viento del día por sobre las llanuras, y hace velas en los torrentes impetuosos del humo.

Hipócrifo,--así llamaba yo a la mía. Cada muro es una vela. Arriba, oh mi casa, a todas las forestas, a todas las playas del país.

Por cima de los monumentos, en el oro de los cielos, extiéndete. La carga es pesada; pero antes de que se plieguen las velas, boguemos a anclar en la luz.

LEO GREINER.



Cuando llega la noche

CAMINO hacia la sombra .. Mi sol está en ocaso...
Serenos ante la noche que frente a frente miro,
la vida que me queda recorro paso a paso
sin lanzar un reproche ni exhalar un suspiro.

Todo lamento es vano. Sé que el hombre más fuerte
es aquel que en el mundo ha vivido más solo...
Yo nací bajo un signo de soledad y muerte
y mi vida ha tenido la crudeza del polo.

Burlaré la asechanza. Seguiré mi camino
indiferente a todo. Que se cumpla el destino...
Y confiado en mí mismo penetraré al futuro.

Fatigado viajero, sin nostalgias ni amores,
rodaré en el abismo de mis propios dolores;
pero lento, callado, sin zozobras ni apuro.

ROMERO DE GARAIKOECHEA.

Visión de espumas

CREPÚSCULO. La prora
acuchilla las aguas. Con la angustia
de ser la noche, se ensombrece el día.
Y hay un eterno desflecar de espumas.

La espuma se deshila,
y se teje la espuma.
Y es, en la tarde unciosa,
bajo de un sello heráldico de luna,
en los costados de la barca donde
se ve la quilla desgredar blancuras,
una vaga visión de platas trémulas
bajo de un pálido nevar. Confusa
vaguedad de hombres tersos, en una honda
lejanía flotante. Y en la espuma
una visión de escotes y de pieles,
de encajes blancos y de nuca rubias.

¡Ojos que ví al pasar, en que bogaba
bajo un palio de sombra vespertina
una luz imposible de quimera
en la góndola azul de las pupilas!

¡Ojos como una fuga de miradas!
¡Ojos que van buscando lejanías
en los lentos crepúsculos!
¡Ojos que, al ver, suspiran!
¡Ojos que beben cielos
tras de las celosías!

¡Dejadme que recoja una mirada!
¡Una de esas miradas fugitivas!
La engastaré en los oros otoñales
de mis melancolías

SANTIAGO. ARGÜELLO.



Autobiografía



RACÍ en 1862: mi padre es comerciante. Tiene una particularidad: no lee libros franceses desde hace cuarenta años. Sobre su cama está colocado un maravilloso retrato de su dios, Victor Hugo. Se sienta por la noche en su silla de color rojo oscuro, lee la *Revue des Deux Mondes*, cubierto con una bata azul de anchos paños de terciopelo, a la Victor Hugo... No, un idealista como éste ya no hay en el mundo. Le preguntaron una vez:

— ¿No está usted orgulloso de su hijo?

Respondió:

— No me molesté mucho en ver que durante 30 años fué un azotacalles; ahora no me siento muy honrado porque haya resultado poeta. Le dí libertad, sabía que era un juego de *ba-banque*. Contaba con su alma.

Sí, verdad. De la libertad que me diste tú, el más noble y más raro de los padres, de esa dádiva divina he hecho mal uso durante mucho tiempo. He amado ardientemente nobles mujeres e innobles; me he paseado por los bosques sin objeto; fui jurista sin estudiar derecho; fui médico sin estudiar medicina; librero sin tener libros que vender; amante que no se ha casado, y al fin de cuentas, poeta que no ha dado poesías. Porque, ¿son poesías estas cosillas? No, de ningún modo. Son extractos. Extractos de la vida. La vida del alma y del día fortuito, disecada, purgada de lo superfluo, como la carne de las vacas en las latas de Liebig. Pertenece al lector la tarea de disolver estos extractos con su propia fuerza, convertirlos en caldos sabrosos, hacerlos hervir de nuevo con su propio espíritu; en una palabra: hacerlos digestivos y fluidos. Pero hay estómagos espirituales que no toleran el extracto.

Se les hace pesado y corrosivo. Necesitan noventa por ciento de caldo y de materia fluida.

¿Con qué habían de disolver estos extractos?
¿Con sus propias fuerzas, acaso?

Tengo, pues, muchos contradictores. Dispépticos del alma, sencillamente malas digestiones. Tengo para mí que es más artístico lo que uno ca-

lla sabiamente que lo que expresa con intemperancia. ¿No? Me gusta el procedimiento abreviado, el estilo telegráfico del alma.

Quisiera pintar un hombre en una frase, un suceso del alma en una página, un paisaje en una palabra. Tiende al arma, artista; apunta, tira al negro. Basta. Y ante todo, escúchate a tí mismo. Da oídos en tí a tu propia voz. No tengas vergüenza de tí mismo. No te dejes asustar por tus mismos sonidos, aunque sean desacostumbrados, con tal que sean tuyos. Ten valor para tus desnudeces.

No fui nada. nada soy, nada seré. Pero vivo en libertad y hago que las naturalezas nobles e indulgentes participen de los sucesos de esta vida interior, poniéndolos sobre el papel en la forma más concentrada.

Soy pobre; pero soy yo mismo. El hombre sin concesiones. De lo cual resultan cien florines al mes y algunos admiradores vehementes. Porque los teugo.

PETER ALTENBERG.



Morir joven

El hombre querido de los dioses muere pronto. ¡oh Parménon! El más dichoso es el que, sin pesares en la vida, habiendo sólo contemplado sus hermosos espectáculos, el sol, el agua, las nubes y el fuego, regresa prontamente al sitio de donde ha venido. Lo que vió, viva un siglo o viva pocos años, lo verá siempre lo mismo, y no verá nada más hermoso. Considera la vida como un viaje y al mundo como a una feria extranjera, un sitio de emigración para los hombres. Si partes de los primeros, tu viaje es el mejor; te marchas provisto de lo necesario y sin tener enemigos. El que tarda en partir se fatiga y pierde sus recursos. Envejece, cae en la indigencia, encuentra enemigos que le tienden redes, y se marcha penosamente, porque ha visto demasiado.

MENANDRO.

Del cercado bíblico

Vosotros, pues, pondréis poesía
en vuestro trabajo; y sólo así recibi-
réis una vida dichosa en pago de
vuestros esfuerzos. —E. GONZÁLEZ
BLANCO. *Jesús de Nazareth*.

—Labrador, labrador, tu lucha es vana,
estéril es tu afán: verás mañana
que se cubren de abrojos
los surcos que regaron
el agua de tus ojos
y el límpido relente
que la fatiga salpicó en tu frente.
Ya no amarás la tierra
que la semilla encierra;
tu heredad desolada
será de los reptiles la morada.
Con la simiente riega poesía,
si anhelas que lozana
la mies resurja de la madre pía
al lucífero albor de la mañana. . . .

—Herrero, noble herrero
de fuerzas giganteas
que en el yunque golpeas
el duro bloque de encendido acero,
contemplantas tu fragua
convertida en infierno
y vivirás en un martirio eterno,
sin Dios y sin amor, sin pan, sin agua.
Para que la existencia te sonría
y tus ensueños el dolor no trunque,
al compás del martillo poesía
esparce en dulce calma
cuando forjes el hierro sobre el yunque.
¡Porque el són del martillo es armonía
para aprender la música del alma!

—Maestro, las lecciones
que dictas en el aula
a los incautos niños
—bulliciosos gorriones
metidos en la jaula—
estériles serán como la avena
que arrojó el labrador sobre la arena.
Si quieres que el fastidio
de la escuela no espante la alegría
y la convierta en lóbrego presidio,
derrama poesía

en la lección, y el niño .
marchará con cariño
como dócil cordero
por el arduo sendero
de la *sabiduría*...

Así hablaba Jesús de Galilea
y el bardo murmuró:—¡Bendito sea!

MANUEL MARÍA MUÑOZ.



Deuda imperecedera

DEBO a José Martí un beneficio: el de comprender ciertas cosas que sin él, serían para mí nombres vanos, como la virtud para Bruto; el de guardar en mi espíritu fatigado lo poco que en él queda, de fe en mi raza y de respeto por la humanidad. En derredor de mí casi no he visto sino espectáculos inquietantes y desalentadores. Tocóme nacer en época bien triste, en un siglo sin ideales, que ha suprimido la fe sin suprimir el dolor, y que ha quitado a la vida lo único que tenía de bello, la esperanza. Se oscureció la nube luminosa que guió en la noche el espíritu humano; la filosofía sacudió, como Sansón, las columnas del gótico templo, y nada pudo construir sobre sus nobles ruinas. El arte no es ya el grande arte de otros tiempos; y a la ciencia le tornan las espaldas con desaliento amargo los que han ido a interrogarla sobre los problemas del ser y sus futuros destinos, encontrando hoy a la Esfinge tan muda como hace tres mil años; los que han ido a demandarle verdades que no encierra, consuelos que no guarda y el secreto de la dicha que no ha ofrecido jamás..... Las patrias se mueren; están minadas las fronteras por labor subterránea y formidable, y en ellas palidecen los pabellones de las nacionalidades ante la bandera roja, que será tal vez la del misterioso siglo cuya aurora apunta ya. La Libertad y el Derecho no tienen paladines: callaron hace tiempo las voces que cautaban la Marsellesa, sumiendo tronos y levantando pueblos: murió Kotziusco, murió Kosuth, murió Martí.

DOMINGO ESTRADA.

Pastoral

María, ¿verdad que es triste
no encontrar por la campiña
un corazón tibio y bueno
que nos haga compañía?

Yo pensaba que, ayer tarde,
me iba a encontrar a Estrellita
bajando con su rebaño
de alguna verde colina.....

María, ¿verdad que es triste
no tener quien nos sonría
cuando se abre una rosa
eu la paz de nuestra vida?

Yo pensaba esta mañana,
encontrarme a Florecita
buscando rosas del campo
por una serda florida...

María, ¿verdad que es triste
ver la estrella, oír la esquila,
volver solo, volver siempre
solo, a la tarde caída?

Yo pensaba que, a la vuelta
del sendero de la ermita,
me iba a encontrar una tarde
rosa, a la Virgen María....

María, ¿verdad que es triste
oír la alondra matutina
sin que una boca de rosa
nos bese los *buenos días*?

Yo pensaba que en la aldea
vivía siempre Francina, .
la bella de rizados de oro
y carne de margarita....

.... La Virgen ya no me quiere.
¿En dónde estará Francina?
Estrellita no ha venido;
no ha venido Florecita.

Y tú sueñas con un novio
que labre bieu tu campiña
y yo no la sé labrar ..
Qué pena... ¿verdad, María?

JUAN R. JIMÉNEZ.

SIMPLES

PALABRAS

No trabajes el verso
con amor prolongado.
Sea como paloma
que se va de la mano.

La dulce estrofa siempre
un poco de alma exhale.
Más que hoja de libro
sea gota de sangre.

Pero más a menudo
sea gota de alegría,
y próspera reparta
la cordial sonrisa.

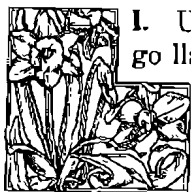
Que no tenga en tu vida
mucho importancia el verso.
Tú que los haces sabes
qué poco vale eso.

Haz como algunos hombres
que trabajan seis días
y los domingos podan
unas plantas queridas.

Trabaja tú seis días
y en la aurora de Dios,
pódete el buen rosal
que está en tu corazón.

ENRIQUE BANCHS.

Himnos a la Noche



I. Una vez en que yo derramaba amargo llanto, cuando se desvanecía mi esperanza disuelta en dolor, y estaba solo en la árida colina, que en estrecho y obscuro ámbito escondía la imagen de mi vida..... tan solo como jamás lo fué solitario alguno, abrumado por un miedo indecible, exánime, únicamente encarnación de la desventura.....; como mirara en torno mío buscando socorro, sin poder avanzar ni retroceder, asiéndome con infinita nostalgia a la fugitiva y extinguida existencia; de la azul lejanía, de lo alto de mis antiguas dichas, vino a mí una palpitación crepuscular, y de repente se desgarraron los nativos lazos, cadenas de la luz; huyeron las magnificencias terrenas y mi duelo con ellas. Derramóse la melancolía de un mundo nuevo e insondable, y tú viniste a mí, éxtasis nocturno, sopor del cielo. La comarca fué alzándose lentamente.....: libre de lazos, flotaba sobre la tierra mi recién nacido espíritu. Trocóse la colina en nube de vapor, a través de la cual descubrí el transfigurado semblante de mi amada. En sus ojos se pintaba la eternidad..... Cogi sus manos y las lágrimas se convirtieron en centelleantes e indestructibles lazos. Los milenarios, como tormentas, rodaron lejos. Sobre su pecho lloraba yo lágrimas de gozo por la vida nueva. Fué el primero, único sueño..... Se disipó. Pero su resplandor quedó en mi alma y la fe inmovible y eterna en el cielo de la noche y en su luz, la amada.

II. Ya sé yo ahora cuándo será la última mañana, cuando la luz no vuelva a espantar más a la noche y al amor, cuando sea eterno el adormecimiento y sólo exista un inagotable ensueño. ¡No me abandones nunca, divino cansancio! Larga y fatigosa fué la peregrinación hasta el sepulcro santo, y abrumadora la cruz. Aquel, cuyos labios hayau sido humecidos por la cristalina onda, que imperceptible para el sentir vulgar, mana en la entraña de la colina a cuyo pie rompen las mareas terrestres; aquel que se haya visto sobre esta montaña, término del mundo y más allá haya columbrado las nuevas tierras en donde mora la noche, en verdad que no volverá a meterse en el tráfigo del mundo, en la comarca donde reina la luz y habita tierna inquietud.

Allá arriba levanta cabañas, albergues de paz; añora y ama, contempla lo lejano, hasta que la más

bendita de todas las horas lo arrastra a lo profundo de la fuente. Lo terrestre queda flotando arriba y es echado fuera por las tempestades; pero lo santificado por el contacto del amor corre, libre, por escondidos conductos, hacia la región ultramundana donde se mezcla, como vapor, con los adormecidos amores.

FEDERICO DE HARDENBERG.
(Novela)



Farsa loca

Lo que tanto estimamos en la vida sólo es vacío, podredumbre y pequeñez. Perros que se muerden, niños que se pegan y que ríen para llorar en seguida. El aparato vano de la magnificencia, los espectáculos de la escena, los rebaños de pequeño y de grande ganado, los combates de los gladiadores, todo esto no es más que un hueso arrojado por pasto a los perros, un pedazo de pan que se deja caer en un vivero. ¡Trabajo de hormigas que arrastran su grano, derrota de ratones espantados, titeres sacudidos por un hilo!

MARCO AURELIO.



Paz nocturna

(Versión de A. Zérega Lombana)

La paz de la noche descende sobre la ciudad tranquila —En los canales el agua está enrojecida de sol,—y un deseo ardiente, inexplicable, sin objeto,—comienza a bajar de las torres grises.

Profundas, maravillosas, las viejas campanas cantan...—las cosas que desde hace tiempo están —en lo lejos como dulces sueños de niños—El último Ave se termina....—El viento de la noche lleva, todavía suaves, los últimos sonos,—y triste el eco vaga en las calles difuntas,—que están silenciosas y llenas de temor—como un niño ciego abandonado de pronto por la mano que lo guía.

STEFAN ZWIEG.

Las garras del tigre

I



EN la casa montañera resonaban terribles lamentos en la sombría noche de junio.

La alegre Juanita, de once años de edad, fué víctima de la bestial lujuria del bandolero José Garmendia (a) *el tigre*, que merodeaba por llanuras y serranías, marcando su huella con toda clase de infamias.

La pobre criatura fué asaltada por el feroz criminal a cien metros de la casa, en la vereda del *Ojo de Agua*. A sus agudos gritos acudieron la madre y las hermanas, pues los hombres no habían regresado de los tabacales de la vega. Pero llegaron tarde. El bruto—tras la vil satisfacción de su deseo—huía velozmente por entre los árboles.

Juanita yacía inmóvil sobre el sendero, con las ropas desgarradas, medio desnuda y cubierta de sangre. El bandido, en la exasperación de su animalidad, y ciego por la resistencia, la golpeó horriblemente. Los ásperos dedos señalábanse en la blancura del cuello infantil y de las pálidas sienes manaban hilos de púrpura.

Apenas pudo decir el nombre de su verdugo, muriendo algunas horas después.

II

Pasaron varias semanas. Los inspectores de policía temblaban ante la probabilidad de encontrarse con José Garmendia, y ninguno se atrevió a perseguirlo.

Era un terrible malhechor, fuerte como un toro, ágil como el felino cuyo nombre llevaba, y de una crueldad sin ejemplo. Conociendo el terror que se le tenía, utilizábalo en la continuación de sus audaces atropellos.....

Decíase que cruzó últimamente la frontera de Nicaragua, después de asesinar y robar a dos *achines* en la Cuesta de la Azácuapa.

III

Juan Diego, el menor de los hermanos de Juanita, y el que ésta más quería, cambió de carácter desde la tarde del horrendo crimen. Perdió su

buen humor habitual y su pasión por el trabajo. Sumergido en un tenaz silencio, pasábase días enteros echado en la hamaca de gruesa cabuya o errando por los montes. Contestaba agriamente las preguntas que se le hacían, y dominado por negra pesadumbre olvidóse hasta de su novia, la muchacha más hermosa de la próxima aldea.

Con frecuencia dormía fuera. Tirábase en la frescura de las hondonadas y sorprendíale la auro-ra mirando la palidez de los luceros . . .

Era un mocetón moreno, gallardo y musculoso, de rostro arrogante y mirada profunda.

Una mañana de las últimas de septiembre desapareció de la montaña. Y nadie supo más de su paradero.

Su padre y sus tres hermanos le buscaron por todas partes, y tras inútiles pesquisas, creyéronle muerto.

IV

Pero una noche todos despertaron a los violentos ladridos de los perros. La familia se levantó sintiendo que alguien desatrancaba la salida del patio.

En el instante en que abrían la puerta de la casa, Juan Diego apareció en el umbral.

Rodeáronle entre exclamaciones de júbilo. Parecía más alto y barbudo y sus negros ojos fulguraban.

—¡Padre!—exclamó. Aquí tiene las feroces garras de *El tigre*, a quien dejé colgado de un roble en el valle de Jamastrán.

Y extrajo del saco de cuero que pendía de sus hombros, dos objetos horribles y nauseabundos. ¡Dos manos hinchadas y monstruosas, peludas y negras, húmedas de barro y de sangre!


FROYLÁN TURCIOS.



Adiós

Acércate sin temor, extranjero. Reposa en el Elíseo con las sombras piadosas, desde que dnerme el último sueño Meleagro, hijo de Eúcrates; Meleagro que celebró al amor y sus dulces lágrimas, a las Musas y a las juguetonas Gracias. Pasó su edad viril en la divina Tiro y sobre la tierra sagrada de Godara, y la isla de Cos ha abrigado y ha nutrido su vejez. Si eres sirio, ¡Salam! (*Adiós*). Si eres fenicio ¡Aydoni! (*¡Adiós!*). Si eres griego, ¡*Khairé!* (*Adiós*). Y tú dime lo mismo.

MELEAGRO.



La copla andaluza

Del placer, que irrita,
y el amor, que ciega,
escuchad la canción, que recoge
la noche morena.

La noche sultana,
la noche andaluza,
que estremece la tierra y la carne
de aroma y lujuria.

Bajo el plenilunio,
como lagrimones,
como goterosos, sus cálidas notas
llueven los bordones.

Son melancolía
sonora, son ayes,
de las otras cuerdas heridas, punzadas,
las notas vibrantes.

Y en el aire, húmedo
de aroma y lujuria,
levanta su vuelo — paloma rafeña —
la copla andaluza.

Dice de ojos negros
y de rojos labios,
de venganza, de olvido, de ausencia,
de amor y de engaño.....

Y de desengaño.
De males y bienes,
de esperanza, de celos.....de cosas
de hombres y mujeres.

Y brota en los labios
soberbia y seneilla,
como brotan el agua en la fuente,
la sangre en la herida.

Y allá va en la noche,
paloma rafeña,
a decir la verdad a lo lejos,
triste, clara y bella.

Del placer, que irrita,
y el amor, que ciega,
escuchad la canción, que recoge
la noche morena.

MANUEL MACHADO.



Los coyolares

EN los fértiles bosques olanchanos,
peinados por el céfiro sonoro,
muestran—en la aridez de los veranos—
los coyolares sus racimos de oro.

Erizados de fúlgidas espinas
abren al sol sus palmas de verdores,
desgranando, en las horas vespertinas,
lluvias ligeras de fragantes flores.

Con el hacha vibrante el hombre arroja
al vegetal sobre la dura tierra,
de inútiles ramajes le despoja

y en él una oquedad abre su daga;
y el delicioso líquido que encierra
con dulce ardor su corazón embriaga.



Los alcaravanes

VUELAN sobre el verdor de la sabana
con torpes alas que el cansancio oprime,
mientras el viento de la tarde gime
y el sol tramonta en la extensión lejana.

Persiguen sin cesar a la indefensa
culebra que se oculta en los gramales
o inmóviles calientan los nidales
en un rincón de la llanura inmensa.

Del espeso follaje en la verdura
juntos dormitan en la noche oscura
del crnel invierno en las glaciales horas;

y al fulgor de las lunas del verano
perturban, anunciando las anoras,
sus roncos gritos la quietud del llano.

FROYLÁN TURCIOS.

Yo fui un paje

YO fui un paje del buen Rey don Jaime. No había paje como ese paje en el ser noche y día triste. Y ese paje era yo. Más ágiles y vivos, de más suave frescura, más sabios, más airosos, con mayor donosura, pero con más tristeza no.

De noche, por la ojiva, contemplaba el paisaje. —La noche era la hermana de tristeza del paje.— Veía la luna desfilár, tal un caique sin remos ni marinos, que iba en onda sin rumores de noche pensativa.... Y me ponía a suspirar.

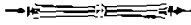
Evocaba a la Reina de los labios de fresas. —La reina era la diosa de mis mudas ternezas.— Y le rezaba a solas mi oración de tristezas. La luna era mi vela, y la noche mi altar.

Y evocaba a la Reina: que la hacanea blanca; que el gerifalte al hombro: que el tisú de oro al anca; que en mí se apoyó un día para descabalgár; que la presión de rosas me perfumó; que el traje con su idioma de seda le dijo adiós al paje.... Y me ponía a sollozar.

Y un día me morí de mal de ánimo y de amor. Y entre otros pajes en la tumba dormí. Y fué para siempre jamás.

Sobre mi tumba en lágrimas, un saúz se despeina. Yo fui un paje. Morí de amor. Amé a la Reina. Y ella no lo supo jamás....

SANTIAGO ARGÜELLO.



El Rey Alberto

UN espíritu de sabiduría y de benevolencia inspiraba todos sus actos, y se acordó reconocer en él a uno de los más dulces pastores de los pueblos.

Cuando los alemanes se abrían un pasaje impío a través de su reino, súbitamente tira de la espada, y, sordo a las promesas de los invasores como sordo fué a sus amenazas, él combate sin reflexionar en el número, hasta el momento de la suprema venganza del derecho. A su gran corazón no bastó mandar ejércitos. Para compartir las fatigas y los peligros de sus soldados, él se hizo soldado.

Rey, los republicanos saludan en vos, un héroe y un justo.

ANATOLE FRANCE.